209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluído o guardado*, por M. Linares Rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La Hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaidesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Moris.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.



DE CABRERITA A CONDESA

La Novela Sugestiva

DE CABRERITA A CONDESA

por

ALONSO DE GAJANO

Ilustraciones de
DEMETRIO

18

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



Hay en la vida encuentros desconcertantes. Hemos ido a la mansión señorial de un personaje de viso—alcurniado blasón en el vestíbulo, entre trofeos de caza y panoplias y armaduras antiguas—y hemos saludado allí a una dama todavía joven y sugestiva, ante la cual nos hemos formulado *in mente* esa pregunta que tantas veces se hace uno al tiempo de ser presentado a alguien:

—¿Dónde he visto yo esta cara?

Hemos fatigado la memoria, cada vez más firmemente persuadidos de haber conocido en tiempos a la dama que teníamos delante de los ojos, y el recuerdo jugaba con nosotros, como si una vocecita nos cantase secretamente: «frío, frío, frío; caliente; que te quemas; frío, caliente, caliente...» según el pensamiento se acercaba o se alejaba de la ocasión en que otrora habíamos cruzado nuestros

pasos en la vida con aquella mujer, con la que de nuevo nos ponía la vida en contacto.

Y tras de muchas conjeturas, remembranzas, deducciones y evocaciones, sospechamos, dedujimos y al fin pudimos comprobar cuándo, dónde y cómo habíamos conocido a la que al cabo de los años nos han presentado como señora del prohombre a quien hubimos de ir a visitar.

He aquí su historia.



LAS CABRITAS



ERA en 191... Todas las tardes, al oscurecer, atravesaba las sórdidas callejuelas del casco antiguo de Barcelona el pequeño rebaño de las cabritas lecheras, de enormes ubres y esquilita al cuello, conducido por una cabrerita primorosa: una chiquilla exhuberante y mórbida, con sus buenos—¡y tan buenos!—quince años, sus piernas gruesas y bien formadas, prieto el pie en la alpargata negra; vestidito de percal azul con lunarcitos blancos, dentro del cual materialmente «no cabía» la escultura carnal de la mocita, cuyo rostro blanquísimo, de óvalo perfecto, era expresivo y agraciado, y sobre cuya espalda, proporcionada, que se estrechaba y hundía en la cintura, golpeaba, al andar, gruesa trenza de pelo castaño.

Cuantos hombres—y hasta algunas mujeres—cruzábanse con ella, volvían la cabeza para contemplarla, porque la muchacha llamaba ciertamente la atención de todo el mundo.

Casi todas las tardes coincidían, al doblar en distinta dirección la misma esquina, la cabrerita exhuberante y un pobrecillo oficinista, casi adolescente, que conforme iba acercándose, cada tarde, a la esquina «crítica», caminaba anhelante, porque la verdad era que aquella criatura le obsesionaba y algunas noches le retardaba el sueño...

Pero era tímido y no se atrevía sino a mirarla a su sabor, al cruzarse con ella, poniendo unos ojos tan desorbitados, tan de carnero muerto, que la mocita, aunque pasaba seria, casi hosca, dióse cuenta desde el primer día de los sentimientos que despertaba en el oficinista. Ella también, ya próxima la encrucijada del encuentro cotidiano, iba pensando siempre:

—Ahí debe venir ya el *xicot* que me mira de ese modo las *camas*.

Y en efecto, doblaban la esquinita casi a la vez; a él se le saltaban materialmente los ojos *votando* de los bajos a los altos... pechos—muy altos y prominentes—de la nena, y la nena ponía su mohín más áspero y adusto. El se detenía un momento en un escaparate, disimulando, y se quedaba contemplando la silueta de la cabrerita que se alejaba en pos de su rebaño. Se la sabía de memoria el buen meritorio del almacén de granos de Ríus y Capdepons; pero no lo parecía: de tal modo analizaba concienzuda, aunque rápidamente, toda la anatomía sobre el cuerpo macizo de la muchacha.



Se notaba que era principianta en aquellos trotes

Así, semanas, meses, trimestres...

Una tarde se aventuró a susurrar, al cruzarse con ella, un piropo vulgar, en su expresiva demostración del «apetito desordenado» que excitaba en él la moza: «¡Que estás bé, noya!» Y ella, impasible, hosca, áspera, como siempre, no se dió por enterada. Pero él se quedó, según costumbre, embobado, mirándola alejarse y repitiendo, a solas ya, aquel «que está bé, que está bé, que está bé».

Las cabritas trotaban por la acera, haciendo el eco de aquella exclamación: «Be... be... beee...» Y él se vió un poco en ridículo, y siguió andando.

Otra tarde—ya calurosa y preestival—notó algo extraño en la silueta de su inquietante conocida. Al pronto no cayó en la cuenta de la novedad y se decía: «Esta *xicota* ha crecido de pronto; está más esbelta que nunca». Y era, sencillamente, que en vez de las alpargatitas negras, llevaba unos monísimos zapatos finos, de tacón Luis XV...

—¡Ay, caray—exclamó el dependiente de Ríus y Capdepons—cómo progresa la noya!

Al día siguiente, al verla aparecer en el cruce de costumbre, lo primero que el hombre miró y remiró fueron los pies, tan bien calzados, de la cabrerita, y se atrevió a decirla, furtivamente:

—Ambesos *sabatets,* las tés mes macas ancora, las pantorrilletas...

No había acabado la frase cuando ella le dió tal empellón que por poco el oficinista, al tambalearse,

rompe la luna del escaparate contra el que hubo de buscar apoyo.

Se guardó muy bien, a las veinticuatro horas justas de aquella «expresiva» contestación de la nena garrida, de despegar los labios el galancete, si bien no pudo dejar de «comerse» con los ojos a la chiquilla, con zapatos y todo. Otra cosa hubiera sido superior a sus fuerzas.

Mas—¡oh desconcertante psicología femenil!—aquella tarde precisamente—tarde de sábado, por más señas—, la cabrerita, diez o doce pasos después de haberse cruzado con el mozo, volvió el rostro ¡y le miró de un modo!... Además le sonrió, todo lo cual le heló al oficinista la sangre en las arterias.

Creía haber soñado y le parecían un siglo las cuarenta y ocho horas que había de tardar en volver a verla, ya que desgraciadamente era domingo el día siguiente. ¡Con lo que a él le urgía comprobar si había soñado despierto!



SATURNO PARK



MANECIÓ el domingo. Pepet, que había trasnochado, durmió la mañana para desquitarse de los seis madrugones de la semana, y al recordar el encuentro de la víspera con la cabrerita, tuvo la evidencia de que todo había sido un sueño. Creyó que acababa de soñarlo. Pensó en las cabras... alejándose por la calleja, seguidas de la nena, con quien tantas veces soñara, y se dispuso a pasar el domingo lo mejor posible.

Aquella tarde se le ocurrió ir al Saturno Park, local cerrado, pista de patinar, que los domingos se convertía en popular y bullicioso salón de baile.

Acudían allí doncellitas de casa grande, de esas de pantorrillas «demetriescas» y senos puntiagudos que parece que van a romper la tela con sus picos; modistillas, «menores» codiciadas y en clandestino mercado; taquimecas, ese «demimonde»

un poco solapado, frecuente en las grandes urbes modernas. Entre el gremio horteril, bullicioso e ingenuo, que iba por divertirse y «parchear» al son de un pasodoble o de un fox-trot, se colaba tal cual fabricante orondo y adinerado, tal cual viejo verde, entes rijosos y epicúreos al olor de la carne tierna, y en guisa de «feriantes» las mamás más o menos postizas, que «chalaneaban», si a mano viene, terminado el baile, con los donjuanes enardecidos tras el numeroso examen «dactilar« de la «res» sonrosada y deliciosa.

La pista estaba invadida por la turba danzante, en apretada, compacta masa. Las parejas, estrujándose (incrustado materialmente el muslo de él entre los de ella), eran como moléculas de un mismo cuerpo amorfo y circulante. Allí nadie bailaba, si el bailar es un ejercicio más o menos rítmico, sujeto a determinadas figuras y movimientos establecidos. Todo se reducía a caminar despacio, muy despacio, fuertemente apretados hembra y varón, el uno de frente, la otra de espaldas, o viceversa, empujando a la pareja de delante y dejándose empujar por la de atrás, juntos los rostros—a veces las bocas—y los brazos rodeando espaldas y las manos agarrándose donde podían... En torno de aquel cuadrilátero de cuerpos estrujados, los palcos en que reposaban las mamás de las niñas, gordas como hipopótamos, comiendo bocadillos e injiriendo vasos de café con leche.

El bueno de Pepet estuvo contemplando el baile, ya en su período álgido cuando él compareció, y repasaba el «muestrario» femenino para elegir pareja con la que enlazarse en el baile siguiente.

Ante sus ojillos encandilados iban desfilando como en película cinematográfica mujeres para todos los gustos. Desde la jamona exuberante y mórbida, de provocativas prominencias, a la verdadera niña, de seno apenas núbil, pasando por tobilleritas tentadoras, de suave línea pectoral y musculada pantorrilla. Principalmente se fijaba Pepet en algunas parejas femeninas que a falta de galán danzarín se enlazaban para no perder baile. A éstas era más seguro elegirlas, porque comprendía que no tenían comprometido el baile con otro pretendiente, y la cosa era no perder tiempo para no quedarse a lo mejor sin pareja. Otros como él estaban asímismo de mirones, sin duda con idéntico designio, y no sería difícil ponerse de acuerdo con cualquiera de ellos para dirigirse juntos a alguna de aquellas parejitas de «pan con pan». En efecto, un pollo que estaba junto a él le propuso, sin que aquel baile terminase, separar a dos chicas que se les aproximaban en el lento rodar de la masa danzante, y cuando las tuvieron a tiro, las invitaron a desenlazarse para enlazarse cada una con uno de ellos. Aceptaron encantadas, y allá se fué Pepet con su pareja, confundido en el espeso torbellino.

Era una chica feílla, con aspecto de criadita elegante, pero con un cuerpo de alucinante dureza

y estatuarias formas. En el Saturno Park no había para qué guardarlas. Todos sabían a lo que allí se iba. Y ellos no perdían el tiempo en escarceos ni tanteos exploratívos de la mayor o menor complacencia de la compañera de baile. Ni ellas se creían en el caso de fingir asustadizos rubores con ese «¡Caballero!» dicho a media voz, que aunque suele ser un subterfugio premeditado y engañador, refrena en otros «salones» los ímpetus demasiado prematuros del bailarín. En el Saturno Park ellos y ellas prescindían tácitamente de todo miramiento hipócrita y reinaba en toda su crudeza la más franca sensualidad. Por lo tanto, Pepet se enlazó con la presunta criadita en abrazo estrecho y total: de la cabeza a los pies no cabía entre los dos el consabido papel de fumar.

Lo más corriente—y lo más pintoresco y lo que daba al salón su aspecto más atrozmente sensual—era que no hablaran apenas las parejas. Cuando se veía que alguna bailaba conversando, era que se trataba de novios o conocidos. Pero la mayor parte de los «dúos» eran «mudos». Y había que ver la cara de idiotas que ponían ellos, y la tez encendida y anhelante que ellas mostraban al contemplador. Mucho más completa que «la soledad de dos en compañía», de que habló el poeta, es —para los fines voluptuosos que cada quisque iba buscando al Saturno Park—la soledad de dos en plena orgía colectiva. Nadie repara en nadie, y si repara es como si no advirtiese nada. Harto tenía cada Antón Pirulero en el salón con atender a su propio juego erótico... Manos masculinas en pechitos adolescentes, en caderas turgentes, en traseritos marmóreos; manos femeninas que desaparecían en ignorados parajes anatómicos y viriles... Labios sobre labios, epidermis con epidermis...

Esa abstracción general con que todos se dejaban llevar por la corriente, explica que Pepet, cuyos ojos de carnero muerto miraban sin ver (todos sus sentidos se concentraban casi por entero y exclusivamente en el quinto sentido, quizá porque detrás del quinto se da en el sexto...), explica, decimos, que Pepet hiciese un buen rato que llevaba puestos en la pareja que danzaba—o lo que aquello fuese—en pos de él, sin reconocer en la cara que miraba—¡si estaría «pasmao»!—a la cabrerita de marras. Ella, sí; ella sí había reparado en el «xicot» que todas las tardes se la comía con los ojos en la encrucijada próxima al mercado del Borne, cuando ella iba con sus cabras repartiendo leche por el barrio. Y le miraba, sin perder su habitual gesto hosco y adusto, si bien comprendiendo el estado en que el muy pícaro se hallaba y viendo la cara de atontado que ponía, no pudo por menos de insinuar una sonrisa burlona y picaresca. Y entonces sí; entonces Pepet advirtió, con un verdadero ramalazo de toda su sangre, que la cabrerita estaba bailando al lado suyo. Tanta fué su sor-

presa y tan brusca la sacudida de sus nervios, que su pareja hubo de exclamar:

—¡Cuidado, hombre! ¿Qué le pasa?

Todo lo advirtió la cabrerita, que pasó de la sonrisa insinuada a una sonrisa franca, que casi daba en la risa.

Pepet no salía de su asombro. ¿De manera que aquella criatura tan seriota, la del empujón de aquella tarde, que por poco le mete en un escaparate, venía al Saturno Park? Por asociación de ideas, se acordó de aquellos zapatitos Luis XV con que hacía dos días había sustituído las humildes alpargatitas negras...

Pepet, que, aunque sencillo hortera, era—eso creía él—algo filósofo, exclamó *in mente:*

—¡Si no falla! El primer paso con que las mujeres van a la perdición lo dan con unos zapatos nuevos y pintureros...

Y obsesionado con aquel descubrimiento, no quitaba los ojos de la cabrerita. ¿Con quién bailaba? Era un hombre maduro, bastante elegante, con pinta de oculista. ¡Y cómo se aprovechaba el indino! ¿Y ella? ¿Por qué no le despedía con cajas destempladas, dándole un empellón de aquellos en que tan ducha estaba? Lejos de eso, ¡cómo se dejaba la muy... fresca sobar por el señorón! Pepet veía con envidia cómo se hincaban los dedos de aquel hombre en el tentador y redondo nalgatorio de la niña.

¡Y cómo estaba de bonita! Se le notaba que era

principianta en aquellos trotes, como en el uso del tacón alto... Por una u otra causa, o quizá por las dos de consuno, caminaba de puntillas, a pasitos muy cortos, pueriles, casi corriendo, por miedo a pisar a su pareja. Pero ello contribuía, al empinarse tan forzadamente, a que su faldita se le arremangase aún más, y dejaba a la vista no sólo sus piernas de maravilla, gruesas y bien musculadas, sino la parte de atrás de la rodilla y aun cuatro dedos del muslo, rollizo, sonrosado y marmóreo. Su grupa valiente, redondita y pétrea—hay durezas que se notan a la vista—, se mostraba incitante bajo la tela liviana del vestido. Porque esa era otra: no llevaba el vestidito de percal con que Pepet la había conocido, sino un traje vistoso de fina seda. La trenza, aquella trenza gruesa que al caminar le golpeaba los flancos, como una fusta, acariciaba ahora oscilante, con movimiento pendular, la mano bien cuidada del caballero que la oprimía (bien abierta y con los cinco dedos como garfios incrustados en la carne moza) la cintura, aquella cintura hundida, como un abismo de perdición, entre la espalda y el anca (anca de jaquita joven).

Cuando cesó la música y Pepet llevaba del brazo a su pareja—en quien ya ni poco ni mucho reparaba—al lugar en que estaban sus amigas, su preocupación era no perder de vista en el mare magnum del salón a la cabrerita. Tenía esperanza de poder bailar con ella algún baile si el caballero

acompañante no había venido con ella, como temía, y la acaparaba...

Tuvo suerte Pepet en lo primero. La niña iba delante de él del brazo del caballero, y la criadita que había sido pareja de Pepet halló pronto a sus compañeras. Casi no se despidió de ella el hombre, que pudo seguir de cerca a su cabrerita y al caballero desconocido.

—Que la deje, que se despida—deseaba con todas las veras de su alma el encandilado dependiente de Ríus y Capdepons.

Pero, ¡oh desilusión! Lejos de despedirse, se instaló con ella en uno de los palcos en que una mujer del pueblo—su madre, sin duda—los aguardaba con sonrisa repugnante y aduladora para el señor de las manos pulidas.

Pepet se quedó a prudencial distancia, sin dejar de observarlos. No hacía falta ser mucho más psicólogo de lo que Pepet podía serlo para hacerse cargo del papel que aquellas tres personas representaban.

Todavía no debía haber ocurrido nada definitivo. El galán rondaba a la paloma, y la vieja celestineaba en oficio de cimbel.

La niña debía resistirse, por instintiva aversión, a aquellos tratos repugnantes, aunque pasivamente, en cierto modo; sin revolverse airada como ante aquel piropo de Pepet; porque los zapatitos de tacón alto, y el vestido lujoso, y otras dádivas y promesas, eran para ella, como para la inmensa

mayoría de las mujeres, que por otros medios no pueden alcanzar todo aquello, razón convincente, digna de meditarse...

El caballero en el palco casi atendía más a la vieja que a la mocita. Por la peana... Y la mocita notaba que Pepet tenía clavados en ella los ojos... Por una explicable reacción de su libre albedrío, aquel muchacho que antes, si no llegaba a molestarla (cuando en la encrucijada próxima al Borne la devoraba con los ojos), por lo menos se creía en el caso—muy corriente entre las catalanas—de mostrarse áspera, irascible ante sus chicoleos, ahora lo cambiaría de buena gana por el señor al que su madre se empeñaba en entregarla. Bien estaban sus obsequios, sus promesas, sus dádivas... ¡pero tener que acostarse, como si fuera ya su marido, con aquel hombre que la triplicaba la edad! No se decidía, ¡ca, no le daba la gana! Y que su madre la pegase, si quería; pero ella no se entregaba, así como así, a aquel buen señor... Antes a cualquiera: al mismo chico aquel que la devoraba con los ojos todas las tardes y que ahora mismo la contemplaba con ese gesto de bobalicón que ya acababa por hacerla gracia...

En esto rompe de nuevo a tocar la murga, con honores de banda, en la alta tribunita del salón. Pepet espera que el caballero volverá a bailar con la «xicota» y se sorprende al notar que ella rehusa. El señor sigue hablando con la vieja y pide al camarero más bocadillos... Pepet no quisiera hacer-

se vanas ilusiones, pero cree advertir que la niña no le mira con malos ojos... Recuerda la sonrisa de la víspera, que luego creyó soñada; la que volvió a dibujarse en boca de la cabrerita momentos antes, en el mare magnum del baile; se cerciora de que ahora mismo le falta poco para volver a sonreírle, mientras su madre y el caballero hablan y hablan...

¡Si él se atreviera! A lo mejor no se trata de lo que parece, y el buen señor no será sino algún conocido de su familia, un pariente lejano y enriquecido, que obrará con desinterés... ¡Quién sabe! ¡Si él se atreviera a sacarla a bailar! Pensándolo, sin decidirse, va transcurriendo el baile. Las parejas le empujan al pasar junto a él. De empujón en empujón le van acercando insensiblemente a la barandilla del palco de la niña, que lo sigue mirando con fijeza, sosteniendo valiente su mirada...

Haciendo un esfuerzo para vencer su timidez y el miedo, la casi seguridad de una repulsa; tartamudeando y más colorado que un tomate, farfulla Pepet la pregunta de ritual:

—¿Quiere usted bailar?

La vieja se revuelve sorprendida y airada, contestando con brusquedad:

—¡Está comprometida!

Pero el caballero, que cree que no es buen sistema la intolerancia despótica, y confía en llegar por el camino hábil al logro de sus intenciones, rectifica, galante:

—Sí, si ella quiere... ¿Por qué no?

Y a poco Pepet, trémulo, como sonámbulo, aprisiona entre sus brazos a la soñada cabrerita de sus pecados y—perdido el juicio—teme que se le vayan las cabras... callecita adelante, como todas las tardes, y con las cabras, la cabrerita...

Por eso, sin duda, la apretaba tanto contra su cuerpo, y la agarraba obsesionadamente por todas partes.





EPET está tan emocionado que se le doblan las piernas. Acaricia, palpa, oprime bajo sus manos la codiciada carne de la niña, y no consigue—tanta es su inesperada suerte—tener conciencia plena de lo que hace. Más «realidad» había en sus sueños diarios de tantos meses, cuando dormido o despierto soñaba que abrazaba a la cabrerita, que ahora que de verdad la tiene entre sus brazos. Ahora parece sueño la realidad.

Fué ella la primera que habló:

—¡Qué es pícaro, vusté!...

—¿Por qué lo dice?—pregunta algo escamado el pollo, aflojando un poquillo el abrazo, acaso recordando el empellón de marras...

—Porque... ¡ya se aprovecha, ya!

(Pepet sube una mano que había descendido

distraídamente demasiado y baja la otra, que había trepado también más de la cuenta.)

—No, si no me enfado—se apresura a explicar la buena moza—. ¡Aquí «tots» bailan «igualment»...!

(Las manos de Pepet recobran el terreno perdido... y aun avanzan con mayor audacia.)

—¿No ve a cómo hacía lo «mateix» aquet señor?

—¡Y bien que lo he visto!

—No mi agrada: es viejo...

—¿Por qué baila con él, entonces?

—Ya ve... Me obligan... Y si fuera sólo a bailar... Con vusté mi agrada «més».

—¿El qué?—dice Pepet abriendo unos ojos tamaños.

—Bailar.

—¡Ah!

—Me es molt simpátic...

—¿De verdad? Yo creí que no, ya ve... Como aquella vez me dió aquel empujón... y siempre iba tan seria...

—Y eso ¿qué? Porque vusté me dijo una animalada... Pero no me enfada.

—¡Pues si la llega a enfadar!

—Era por despistar, home—añade ella jovial, y hasta juraría Pepet que acompaña la niña tan sensacional revelación de una mayor presión de todo su cuerpo en el abrazo del baile.

¿Daría crédito a su sospecha? ¿No se estaría riendo de él aquella criatura prodigiosa? Pero no.

Porque él, envalentonado, musita en el oído de la niña, fuertemente en contacto las mejillas:

—Te comería a besos...

Y ella responde:

—Y yo a vusté...

En realidad, lo que la cabrerita quiere, rebelde a las siniestras intenciones de su desnaturalizada madre, es verse libre de ellas y de la asechanza del sátiro adinerado; no venderse a él, no poder ofrecerle su virginidad; tener, si tan mal se ponen las cosas, llegado el trance ineludible, el placer de haberle dado gato por liebre. Y es tan gallarda, al fin y al cabo, la tácita protesta, la rebeldía honrada de la muchacha, que se siente resuelta a entregarle a cualquiera por propia voluntad lo que tanto codicia y pretende obtener por dinero el acaudalado pretendiente de su doncellez. Para el caso, este «cualquiera» bien puede ser el afortunado Pepet. Ni él pudo soñar tanta felicidad, ni ella sospechar nunca que aquel muchacho de la encrucijada del Borne había de ser un día el primer hombre que la... «conociera» (¡*bíblico* que es uno...!).

De un lado la simpática rebeldía a que acabamos de referirnos, de otro la sensualidad despierta por el ambiente *cuasi* afrodisíaco del Saturno Park, todo coadyuvó, para fortuna del dependiente de Ríus y Capdepons, a aquella rápida y vehemente resolución de la «xicota», que acabó por ser ella, contándole sus cuitas a Pepet, quien le propu-



Y ella responde: —Y yo a vusté.

siera, quien casi le exigiera, la fuga inmediata del salón...

El era tímido, pero... ¡caray! También Fernando VII dicen que era mal jugador de billar, y, sin embargo, tal le ponían las carambolas que no tenía más remedio que hacerlas.

... ...

El ara en que se ofreció aquel hermoso sacrificio a Venus no fué, por culpa del exiguo bolsillo del galán, un ara digna de las circunstancias. Fué un camastro en un tugurio cualquiera. El escenario propicio hubiera sido un lecho de tomillos y retamas, en plena naturaleza y con balidos de rebaños a lo lejos... Pero ¡qué se le va a hacer! A falta de lecho campestre y florido, bien estaba el fementido camastro del burdel. Con todo, Venus debió de sonreír benigna, ante la ofrenda de aquella roja flor, no exenta de fragancia ingenua y de sana sensualidad.

Hubo al principio, y, a pesar de la influencia decisiva que sobre el natural pudor de una doncella ejerciera el ambiente desenfrenado del salón de baile, esos deliciosos mohines retardatarios, ese querer y no querer desatar la primera cinta, desabrochar el primer corchete... Ese cruzar las manos, como una casta Afrodita pagana, sobre las palomas de los pechos libertados... Ese gracioso acurrucarse, casi infantil, sin acceder a moverse del sitio en que, por fin, se ha arrollado a los pies

de la neófita la espuma sutil de las encantadoras prendas íntimas... Todo ello operando como estimulante poderoso en el ánimo y en el apetito carnal del varón...

Después, ya ganada la muelle altura del ara venusina, el esconder el rostro arrebolado, bajo la doble pantalla de los brazos cruzados, el ir cediendo y perdiendo terreno palmo a palmo...

—Y por fin—«consumatum est»—, una perplejidad entre gozosa y dolorida.

Así fué cómo perdió su doncellez la bella y garrida cabrerita.





O chusco fué que el fabricante burlado en el bullicio del Saturno Park, pasó por las horcas candinas sin enterarse o haciendo, al menos, que no se enteraba. Porque como era obligado, la resistencia terca de Pauleta—la cabrerita se llamaba así—, le condujo poco a poco, lo mismo que una nave a la deriva, del deseo rijoso, hacia el amor, perdido el rumbo y hasta la brújula.

El gato le supo a liebre. Y no contenta la moza con el fraude—casi legítimo y, desde luego, simpático fraude—, aún supo imponer a tiempo condiciones. Total, que en el simulacro del sacrificio hecho a Himeneo, no faltó la flor de azahar, cuyo *simbolismo* era en la coyuntura todo un *símbolo* (acaso más frecuente, en ocasiones análogas, de lo que se cree) y así *esta vez* el ara propicia-

toria no careció de flores. La que faltó fué la única que floreció de púrpura el tálamo miserable en que oficiara—a veces *tímidos* «*fortuna juvat*»—el bueno de Pepet...

Era ya la Pauleta la señora de Palau, que sólo veía por sus ojos. Y quizá acordándose la hembra de las mañas de sus cabritas, tal cual vez las remedaba. Queremos decir que la cabrita tiraba al monte, reincidiendo de cuando en cuando en aquella memorable escapatoria con Pepet, y aun con otros *Pepetes,* que se ponían con ella hechos unos Pepes... Pero el señor Palau tenía puesta la venda, lo mismo que Cupido y que los caballos de los toros. Había quien decía que, más que a los caballos—por como llevaba puesta la venda—, se asemejaba a los propios toros... por como llevaba puestas otras cosas...

El hecho cierto era que en aquel matrimonio reinaba una paz arcádica y que jamás nubecilla ninguna de discordia vino a nublar el cielo de tanta dicha. El señor Palau bendecía la hora en que se había decidido a llevar al altar a la ex cabrerita, cuya *complacencia* para con él acabó por llevarle en breves años al sepulcro. Huelga decir que su saneada fortuna pasó íntegra a manos de la honorable esposa, que le guardó riguroso luto lo menos tres semanas.

Al mes la conocimos nosotros en un cabaret madrileño vestida de colorado... Y de sus propios labios, no menos rojos, supimos, a poco de

intimar con ella, cuanto queda relatado en los capítulos precedentes.

Era mujer de suerte. Por entonces la conoció un diplomático extranjero, que vino en el séquito de un príncipe en viaje oficial, y se enamoró perdidamente de ella. Y tras él—aumentado así, en cierto modo, el séquito principesco—salió de España la gentil Pauleta.

Durante algún tiempo (seguía la cabrerita tirando al monte, por cuanto el amor de su diplomático no le impedía seguir carteándose con sus amigos de cabaret) nos escribía sus impresiones del país exótico, refiriéndonos (con tanto gracejo como mala caligrafía y pésima ortografía) confidencialmente sus aventurillas pecaminosas.

Recogeremos aquí, para solaz del lector, una de ellas.

A la sazón tendría Pauleta veinte abriles mal contados, pero en punto a fragancia y a exuberancia física, bien podían pasar por veinticinco mayos florecidos. Como buena hormiguita catalana, lo primero que hizo, al decidirse a la expatriación, fué colocar sus cuartejos a buen recaudo por si venían mal dadas, dispuesta a medrar a costa del diplomático de extranjis, que la instaló en un tren de vida lujoso y holgado, allá en un país nórdico y sombrío, donde ella fué por unos años vivo reflejo del sol meridional.

Su empingorotado amigo la visitaba, con inflexible regularidad, no muy frecuentemente: dos

veces por semana. Y ella—naturalmente—se aburría mucho; necesitaba distraerse. Fruto de aquel aburrimiento era su recuerdo de España, y su recurso contra el tedio, escribirnos a los amigos.

Un día nos escribió una carta deliciosa de ingenúidad y de franqueza. Se sentía optimista, y lo que acaso hubiera callado por no comprometerse, de hallarse entre nosotros, no tuvo inconveniente en relatarlo epistolarmente, amparada en la seguridad que le procuraba—cuando no nuestra discreción—la distancia.

Decía así la misiva de Pauleta (salvando la ortografía, que hacía casi ininteligible la carta):

«Chiquillo, qué contenta estoy... Me he encontrado en estas lejanas tierras a un españolito. Lo malo es que está de paso... Pero mientras dura, vida y dulzura serán para mí estos días.

»Figúrate que habiendo entrado en una tienda de flores, porque vi claveles en el escaparate y me acordé de la rambla de San José..., me veo adquiriendo otro ramo de las mismas flores a un gachó tan gitano, que el corazón me dió un vuelco, porque me dije, sin miedo a equivocarme: «Este tío es paisano mío.» Hay caras que no fallan, y la de aquel hombre no tenía más remedio que resultar lo que resultó: de España. Ni él ni yo habíamos hablado en español cuando se cruzaron nuestras miradas, pero los dos nos reconocimos sin conocernos. Con un gesto me cedió la vez para que me despachase la dependiente—una rubia de

lino, bastante fea—, en realidad (yo estaba segura) para contemplarme y convencerse de su sospecha respecto a mi nacionalidad. Cuando yo fuí a abonar mis flores, dijo en castellano: «¿Me permite usted que sea yo quien pague ese ramo de claveles?»

»Ya comprenderás que mi emoción no tuvo límites—¡hacía tanto tiempo que yo no cruzaba la palabra con nadie de mi tierra!—y que, tras un instante de titubeo, allí mismo, en las propias narices de la rubiales, nos dímos un abrazo, como si se tratase de un encuentro entre amigos de otros días.

»Tenía yo el coche—*mi coche*—a la puerta, y por poquito me comprometo ante el chofer, invitando al español a subir y acompañarme. Por fortuna supe contenerme, no sin suplicarle que fuese a visitarme al día siguiente (aquel día era de los de *reglamento* para mi diplomático: pasaba la tarde conmigo).

»No sabré pintarte la ilusión, la ansiedad con que transcurrió para mí aquella tarde. El «otro» hubo de preguntarme qué me sucedía, pues me encontraba distraída y nerviosa. Disimulé lo mejor que supe y no veía llegado el momento de la visita del español. Lo había yo citado para la tarde siguiente, temprano, pero madrugué—no había podido dormir—y dediqué la mañana a componerme, a elegir la *toilette* con que lo recibiría, a preparar mi nidito a modo. Sus claveles presidían el gabi-

nete; mandé a buscar unas botellas de jerez...

»Me sentía excitada, febril. Parecía que al español le precedía un aire de fuego, que se me metía en las entrañas...

»Aticé la chimenea para poder aligerarme de ropa sin coger un resfriado, y me puse sobre la carne desnuda una ligera bata vaporosa, que transparentaba todo mi cuerpo. Mirándome al espejo comprendí que estaba bastante apetitosa...

»Por fin sonó el timbre; sentí sus pasos en el pasillo y entré en el gabinete, precedido de mi doncella—que, entre paréntesis, es una alhaja para estos trances.

»¿Corremos un velo? Mejor sería. Pero tú dirás que entonces para qué tanto preámbulo... Mira por una rendijita y figúrate que *nos sorprendes* en la intimidad de la escena.

»Por mucho que yo quise retardar el momento, era tal mi estado de excitación, que a los dos minutos de entrar el español ya me tenía sentada en sus rodillas... La batita se me abría sola...

»Fué una orgía a la española. Quiero decir que «una cosa seria», pero «como es debido». En corto y por derecho y sin volver la cara; como los toritos de casta. Nada de refinamientos de extranjis ni de... gimnasia sueca. A la española, vamos, pero ¡con qué entusiasmo y con qué tenacidad! Lo menos seis veces... nos demostramos mutuamente la satisfacción que aquel encuentro nos producía. Era valiente mi españolito, y yo

me crecía en ardimiento patriótico aquella tarde. Fué una escena, te lo aseguro, muy movida.

»Hemos repetido las entrevistas dos días más. Hoy me toca de nuevo estar de guardia, por ser día «de reglamento». ¡Buena me va a encontrar de alicaída mi señor y dueño! ¿Después de tanto jerez, quién se bebe un whisky?»

Del resto de la carta de nuestra amiga hacemos gracia al lector.



LA LOCURA DE PARÍS



ÑOS después, en pleno estío de su vida, habiendo tarifado nuestra heroína con el buen diplomático, cayó en París, camino de España, y la bella Lutecia la retuvo largo tiempo prisionera en sus redes seductoras.

Esta fué su época más turbulenta, un paréntesis de desenfreno en su existencia generalmente equilibrada, regida por cierto buen sentido de moderación, al menos en las apariencias. Tenía espíritu burgués, cierta tendencia «conservadora» dentro de lo libre: vamos, que en su conducta pertenecía a lo que podríamos llamar izquierdas modernas, o, mejor dicho, el partido «liberal conservador». Pero con todo ello amenazó dar al traste la seducción erótica de París, influyendo transitoriamente en su psicología, venciendo sus nor-

mas y arrastrando a la española a los más locos extravíos.

En lo único que no perdía la cabeza era en lo financiero (al fin y al cabo, paisana de Cambó), pues a la fortunita que heredara del señor Palau, había ido sumando los beneficios obtenidos durante su alianza con el escandinavo. Y si en París no se propuso la conquista del franco fué, sin duda, por un desdén elegante hacia aquella moneda, entonces por los suelos. No fué a París a ganar dinero, sino a gastar alegremente parte de sus rentas, fabulosamente acrecidas a causa del cambio. ¡Y vaya si se divirtió y si la corrió en grande! Segura de sí misma y del freno que sabría poner en momento oportuno a sus locuras, decidió probarlo y conocerlo todo: vivir la vida con todos sus caprichos y sus sensualidades, bordeando el límite de la liviandad y la degradación, sin perder el dominio de la conciencia, sin hundirse del todo en lo irremediable, siempre a la vista el asidero al que sujetarse a tiempo.

Ofició en el rito de Lesbos... por una temporada, y no fué ella nunca la *prisionera,* sino las otras...

A este respecto, es curiosa la seducción que llegó a ejercer, en ciertos medios sociales de París, entre las muchachitas envenenadas de literatura decadente y de malsanas curiosidades. La que no empalidecía de amor y neurastenia por la bella española, arrostraba el escándalo en un ímpetu magnífico de libertad y rebeldía, y no faltó la adolescente desesperada y patética que desenlazó trágicamente su vida en flor... Para que no faltase ningún matiz en aquella ráfaga de pasión desnaturalizada, que arrastraba en pos de sí la española fatal, hubo también quien, gracias a ella, y por un heroico proceso de reacción, acabó vistiendo hábitos de arrepentida...

En fin, toda la gama...

Entre tanto, vivía como una reina, en un hotelito lujoso del Fanbourg Saint Honoré, donde sus fiestas se hicieron famosas.

Cierto día en que el boato de sus salones era deslumbrador, desapareció, sin que sus invitados lo advirtieran..., hasta que cierto duque donjuanesco, que había acudido a la fiesta en compañía de su amiguita, notó la ausencia de ésta. Intrigado, y aunque tenía fe ciega en la normalidad sexual de su querida, una ex midinete quebradiza y flexible como una gatita; alarmado con la aureola de perversidad de la bella española, a quien fué el primero que también echó en falta en el salón, puso a todos los invitados—con sus demostraciones de inquietud—en el caso de advertir aquella doble ausencia...

Cuando reaparecieron ambas en la fiesta, pretendiendo que su entrada pasase inadvertida, se hizo un gran silencio, cargado de zumbonas reticencias mudas, y cuando el duque, un poco torpe y balbuciente, insinuó a su amiguita—que volvía macilenta y ojerosa de la escapatoria—que se des-

pidiera, porque él tenía precisión de abandonar ya tan *agradable* reunión, ella hubo de espetarle en súbito tono de absoluto desprecio:

—Puedes irte tú solo. No te necesito para nada...

Y en medio del clamoreo de risitas, comentarios *sotto voze,* cuchicheos y rumores, el duque salió solo. Y la ex modistilla, dando un gran respiro de orgullosa victoria, como la que echa a un lado un fardo cuyo peso se le hubiera hecho de pronto insoportable, se volvió a la anfitriona y con extraño gesto de «posera» se arrojó en sus brazos sollozando...

* * *

Desde que Pauleta la viera entrar del brazo del duque de X., en su casa, sintió irresistible atracción hacia aquella nena, cuyo cuerpo de clásica midinette, pleno de armonía y gracia, dejaba adivinar en toda su delicada belleza el lindo modelo que vestía.

No la perdió de vista en toda la noche, esperando que el azar le deparara el instante propicio de acercarse a ella.

Ello fué al terminar un baile. La muchacha había bailado con uno de los invitados y al cesar la música quedaron al lado de Pauleta casualmente.

Ella le preguntó a su amigo algo sin importancia y la pareja quedó unos instantes dialogando con

la dueña de la casa. Hábilmente, el diálogo prendió entre las dos mujeres y el acompañante de la pequeña, requerido por otros invitados que charlaban en lugar próximo, se distanció unos pasos. Estaban junto a la puerta del salón. Nadie notó su salida.

—Ven, pequeña—le decía, yendo con ella, de la mano, presurosa hacia una salita íntima y en penumbra—, quiero hacerte una pregunta.

La muchacha sabía, naturalmente, cuanto se decía y comentaba en el «demi-monde» parisién de la célebre española. Vencido el primer impulso de resistencia por el temor a lo desconocido—por lo menos en la práctica—, se dejó arrastrar inquieta, pero llena de curiosidad. Iba creyendo que no pasaría nada—en plena fiesta, con la casa llena de gente—, sino que realmente quería hacerle una pregunta, no podía ella imaginar sobre qué. Pero por otro lado presentía, dada la fama de aquella mujer, que había puesto en ella los ojos lascivos, y ésto—la vanidad de la mujer no falla nunca—no dejaba de halagarla, suponiéndose elegida entre tantas otras como lucían los encantos de su belleza y su elegancia en la fiesta.

—¿Amas al duque?—le preguntó a la niña, cerrando la puerta de la salita con aire de *boudoir,* propicio a las confidencias—. ¿Sientes realmente verdadero afecto apasionado por tu amigo?

—Pche!—contestó la ex midinette—. Es bueno, me tiene muy bien...



—Me sentía excitada, febril.

—Perdón por la indiscreción, ¿cuánto al mes? ¿Qué índole de regalos? ¿Satisface todos tus caprichos?

La ingenua amiga del duque satisfizo todas las preguntas de la «encuesta», y oyó con ojos atónitos :

—Todo eso y más del doble de todo eso puedes tenerlo desde este momento, si le abandonas.

—Pero...

—Hagamos un pacto. Si dentro de media hora «no te he convencido», quedas en libertad, vuelves a él, no habrá sucedido nada, salvo lo que puedas haber experimentado en esos treinta minutos, que espero recordarás siempre... por lo menos, como una sensación desconocida y fuerte. ¿Quieres someterte a la prueba de un paraíso de delicias? Si, como adivino, sales de él convencida de que en amor no hay duque que valga, al lado de las exquisitas sensaciones que vas a experimentar, estoy segura de que renunciarás a él...

La chiquilla, algo turbada, pero mucho más curiosa, aceptó las condiciones, segura de que, pasase lo que pasase, ella saldría de aquella casa del brazo de su amigo y con una curiosidad satisfecha...

Al instante se hizo el silencio en la salita acogedora. Llegaba desde lejos el rumor de la música y de las conversaciones en el salón ; sólo turbado por otros rumores sordos, de suspiros, de roces de sedas, de besos, de dos cuerpos que se

debatían entre cojines de terciopelos y damascos...

—¿Qué piensas hacer ahora, alma mía?

—Tú lo verás; vamos a la fiesta...

Y ya sabemos que el duque de X. salió solo de aquella casa.



LA CONDESA PAULINA



UN día, sencillamente, como la cosa más natural del mundo, nuestra amiga se enamoró de veras de un prócer español, caballeroso y sin dinero.

Séneca dijo: «Ama, si de veras deseas ser amado», y así Pauleta, amando con todas las veras de su alma, con todos sus pulsos, potencias y sentidos, consiguió que aquel noble—que sólo sentía por ella apetito carnal y simpatía—acabase correspondiéndola de corazón.

Después—pero sólo después: el amor fué engendrado desinteresadamente por ambas partes—vino la consideración de que, al fin y al cabo, si él significaba y levantaba del fango a aquella mujer, no saldría a su vez malparado, ya que sus arcas estaban poco menos que exhaustas y no le vendrían mal a sus pergaminos, como contrapeso, unas cuantas talegas bien repletas.

Se casaron casi en secreto, en una pequeña iglesia de París. En el mundo de la sociedad madrileña no era conocida de nadie aquella mujer. Se inventó una biografía «ad hoc» y una primavera se presentó en Madrid al conde de X, casado con una dama «americana» y viuda.

Como Paulina—de Pauleta se había convertido en Paulina, la condesa—tenía talento natural, mundo y barniz cosmopolita, pronto asimiló usos y modos de la aristocracia, y fué recibida, sin el menor recelo, en sociedad.

Nadie podía adivinar bajo sus maneras y su tono de gran dama a la moderna a la antigua cabrerita de Barcelona, a la viuda cabaretera, a la concubina del diplomático escandinavo, ni mucho menos a la cortesana enviciada de París. Cierto que, en nuestra época, resulta para las mujeres *mundanas redimidas,* menos difícil que antes no desentonar en sociedad, entre la buena sociedad, ya que ésta se comporta en cierto modo y en diversos casos de manera harto desenvuelta y que a las generaciones pasadas escandalizaría. Pero, con todo, fuerza es reconocer el don de asimilación, el tacto y la corrección con que la condesa Paulina se comportaba y se desenvolvía en sociedad.

¿Le era fiel al conde? Por lo menos no le ponía jamás en ridículo. ¡En esto de la fidelidad conyugal, habría, por otra parte, tanto que aquilatar en la vida del gran mundo!... De nuestra condesa

no se podía contar ningún escándalo, al cabo de tres años de convivir con la más rancia aristocracia de la corte.

Y, sin embargo... Nosotros podríamos contar una aventura de la condesa Paulina. Y ¿por qué no contarla? El lector nos guardará—a ella y a nosotros—el secreto...

... ...

Salimos aquel día del palacio del prócer acuciados—como al principio queda dicho—por la sospecha de que habíamos conocido tiempo atrás a la gran dama, a que acabábamos de ser presentados.

Tras del clásico palmetazo en la frente y del «¡ya está!», he aquí que recibimos una perfumada misiva semianónima con estas cortas frases, cuasi cabalísticas:

«Te he reconocido en seguida. Creo que tú a mí, no. Pero sé que has dudado, que has sospechado, que has querido recordar... Me importan mucho, muchísimo, tu silencio, tu discreción. Si aún no hubieras caído, acabarías por caer—creo que los años transcurridos no han sido demasiado crueles con mis encantos y que si no me has reconocido al punto se debe, más que a un cambio radical de mi fisonomía, a la fragilidad de tu memoria en complicidad con el olvido que de las buenas amistades suelen padecer con el tiempo y la ausencia los hombres... En todo caso, estoy segura

de que habrías de acabar recordándome, y que por comprobar tus dudas, tus sospechas en relación con mi pasado, no dudarías en comprometerme, inquiriendo, complicando a otros amigos de aquellos tiempos en la comprobación de tus indicios... Y esto, no. ¡Por lo que más quieras! Soy feliz, amo a mi marido sobre todas las cosas; antes que darle un disgusto, preferiría morir. ¿Lo oyes? ¡Morir! Así, pues, como no confío poco ni mucho en los secretos desinteresados de los hombres, sobre todo si (tratándose, como en este caso, de hombres no malvados), ese secreto les pertenece de un modo casual, sin el imperativo de un «pacto de honor» que les obligue a callar, yo estoy dispuesto a *comprar tu silencio por la gratitud,* por el deber que tendrás, por gratitud, de callar... No debo ocultarte que el motivo principal que me mueve, en interés propio, a dar este paso paradógico, quizá desconcertante, de la proposición que voy a hacerte, se une cierta vaga nostalgia y simpatía hacia tu persona, en recuerdo de otros días no sé si mejores, seguramente no, pero a los que el tiempo ido embellece y perfuma en el recuerdo. En resolución: quisiera estar contigo a solas, dedicarte unas horas; que charlásemos, que reanudásemos nuestra antigua amistad. Te haría confidencias; nos contaríamos mutuamente muchas cosas. No te pesaría, ni mucho menos, me atrevo a presumir, acceder a mi ruego de que nos veamos. Estoy persuadida, porque te conozco, de

que, a cambio de mi *debilidad* (que no lo es, repito, enteramente, sino que obro casi egoístamente, interesadamente, para asegurarme tu gratitud y tu discreción), tú sabrás corresponder con un caballeroso juramento de guardar eterno silencio respecto a mi historia y a mi personalidad pasada. ¿Hace?

»Pues mañana, a las seis, tomas un taxi y me esperas en él en la carretera de Aragón, a la entrada de la Ciudad Lineal. Yo llegaré en otro; me trasladaré al tuyo y seguiremos juntos adonde tú quieras. Confío en tu experiencia práctica de estas cosas, que tendrás elegido y preparado un nidito discreto y alejado de toda posibilidad de contratiempo, donde podamos estar tranquilos y donde pueda demostrarte su afecto tu antigua amiga.—*La C. de X.*»





UÉ espléndidamente vestida, qué estupendamente guapa, qué delicadamente perfumada entró en el taxi la condesa Paulina, ex cortesana, ex concubina, ex viuda de Palau y ex cabrerita barcelonesa! ¡Cuán seductoramente me supo comprar «por gratitud», como ella decía, el silencio que le prometimos guardar eternamente respecto a su pasado. En estas páginas, que encierran ciertamente la verdad de una vida de mujer y que esperamos que el lector juzgue interesantes, están lo suficientemente desfiguradas la persona, las circunstancias, las incidencias y las vicisitudes de la heroína, para que nadie, que no esté en el ajo, pueda atar cabos, relacionar hechos y sacar consecuencias. Sólo ella y nosotros tenemos la clave reveladora del artificio novelesco de esta narración, que, sin embargo, se corresponde puntualmente con la verdad histórica y biográfica de una condesa auténtica... Mantenemos, pues, pese a todo, nuestro «pacto de honor»...



¡Cuán seductoramente me supo comprar «por gratitud»!

Paulina o Pauleta—*damos fe*—entra en el otoño de su vida con esplendores de verano meridional.

Su cuerpo desnudo conserva la fuerte y tersa exhuberancia de esas mórbidas hembras del Tintoreto, equidistantes del hechizo menudo y prieto de la mujer goyesca y de las desbordantes y fofas matronas de Rubéns.

Pierna musculada—que aún recuerda las de la cabrerita adolescente y tentadora, perturbadora obsesión de aquel infeliz de Pepet, que ahora será un buen comerciante adiposo y honrado padre de familia con domicilio en cualquier cuarto piso de la calle de Viladomat o de Rocafort—; pierna musculada y gruesa, sin fofez; muslos duros, prietos, poderosos, marmóreos; talle ancho y venusino; senos fuertes, casi erectos aún; brazos bien torneados; hombros amplios y ligeramente caídos, como los de las mujeres del período isabelino; garganta gruesa y sin papada; rostro terso, ojos luminosos, grandes, profundos; frente noble, óvalo perfecto; labios carnosos, golosos, húmedos, frescos, de gozadora sensual; pelo fuerte y crespo, en melena corta y alborotada, cabello evocador de aquella gruesa trenza de sus quince abriles, que le golpeaba los flancos al andar, como una fusta...

Esta mujer, que arde todavía como una hoguera de llama inextinguible, que crepita y se retuerce, febril, como esa llama; que sabe de crispaciones y desfallecimientos de hembra en celo; que se entrega al amor con todas sus potencias y sentidos;

esta mujer es algo excepcional, que tiene arrestos para hacer plenamente feliz a un aristócrata, y aun encuentra estupendos recursos para asegurarle y asegurarse en esa plena felicidad, haciendo, por añadidura, felices por unas horas—y para siempre con su recuerdo—a sus amigos de otrora...

Cabrerita inquietante y quinceañera de 191...; la que al llevar, atardecido, tu rebaño de cabras por las encrucijadas de la vieja Barcelona, soliviantabas a los transeúntes con tus macizos encantos exultantes; novia rebelde y bravía que te entregaste por propia voluntad, generosamente, a un pobre chico infeliz; gachona cabaretista de 192..., cuyos encantos fascinaron y enardecieron al sajón frío y metódico que te expatrió y te *entretuvo* con atuendo de reina; cortesana lasciva, furia erótica que embrujaste pasiones raras y decadentes a las adolescentes de París; noble condesa de Paulina de 1930, dama hermosa y jarifa, mujer de personalísimo empaque y exquisita y garbosa distinción; mujer, mujer, mujer, hija de Venus, de quien tienes un no sé qué mitológico y original, hembra y diosa a la vez... ¡los dioses te bendigan!

F. I N

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1. *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2. *Colaridas*, por Manuel Linares Rivas.
3. *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4. *Entrada a la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5. *La paloma verde*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
6. *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7. *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.
8. *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches Paso y Estremera.
9. *Febrerillo el loco*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
10. *Las cosas de Don Juan*, por J. L. Luca de Tena.
11. *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12. *La noche clara*, por Alfonso Hernández-Catá.
13. *La virtud sospechosa* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
14. *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15. *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16. *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17. *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18. *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19. *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20. *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21. *Madame Buterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22. *Colonia de lilas*, por José Fernández del Villar.
23. *La locura de Don Juan*, por Carlos Arniches.
24. *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25. *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26. *Rosa de Madrid*, por Luis Fernández Ardavín.
27. *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28. *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29. *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30. *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31. *La galana*, por Pilar Millán Astray.
32. *La malquerida*, por Jacinto Benavente.
33. *La española que fué más que reina*, por R. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34. *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35. *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
36. *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37. *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38. *La Prudencia*, por José Fernández del Villar.
39. *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40. *Madame Pepita*, por Gregorio Martínez Sierra.
41. *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42. *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43. *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44. *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45. *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46. *El bandido de la sierra*, por Luis Fernández Ardavín.
47. *La intrusa*, por Mauricio Maeterlinck.
48. *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49. *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.
50. *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51. *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.
52. *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53. *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
54. *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55. *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56. *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
57. *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extra.: 60 céntimos), por Jacinto Benavente.
58. *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.: 60 cts.), por Jacinto Benavente.
59. *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60. *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61. *El nazar*, por Federico Oliver.
62. *El ilustre huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63. *Las hijas del rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64. *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65. ... *Y después?*, por Felipe Sassone.
66. *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67. *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68. *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69. *El último mono*, por Carlos Arniches.
70. *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71. *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72. *Los sabios*, por Pedro Muñoz Seca.
73. *La faca torda*, por José Mayral.
74. *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75. *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76. *Poca cosa es un hombre*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77. *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78. *Son mis amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79. *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80. *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81. *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82. *«En Aragón hi nacío»*, por Arniches y García Marín.
83. *La mala ley y primero, vivir* (extra.: 1 pta.), por M. Linares Rivas.
84. *La hija de la Dolores*, por Luis Fernández Ardavín.
85. *María Fernández*, por Pedro M. Seca y P. R. Fernández.
86. *Todo tu amor, Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87. *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
88. *La mujer que necesito*, por E. Thuillier y S. L. de la Hera.
89. *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90. *La cantaora del puerto*, por Luis Fernández Ardavín.
91. *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92. *Anita la Risueña*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
93. *La reina*, por Federico Oliver.
94. *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95. *Bartolo tiene una flauta*, por Muñoz Seca y P. Fernández.
96. *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por Manuel Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra o Donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.
101. *El doncel romántico*, por Luis Fernández Ardavín.
102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.
103. *Pimienta*, por José Fernández del Villar.
104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.
105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.
106. *El carro de la alegría*, por A. Valero Martín y E. Carrère.
107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.
108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.
109. *Campo de armiño*, por Jacinto Benavente.
110. *Dios dirá*, por Joaquín y Serafín Alvarez Quintero.
111. *La fuerga*, por Federico Oliver.
112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.
113. *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.
114. *A martillazos*, por Manuel Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.
115. *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.
116. *¡Calla corazón!*, por Felipe Sassone.
117. *Mamá*, por Gregorio Martínez Sierra.
118. *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.
119. *Las zarzas del camino*, por Manuel Linares Rivas.
120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.
121. *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
122. *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.
123. *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.
124. *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno* (extra.: 1 pta.), por C. Arniches.
125. *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.
126. *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.
127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.
128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.
129. *La Lola* (extra.: 60 cts.), por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
130. *Paloma*, por Felipe Sassone.
131. *El doctor Frégoli*, por Erzcinoff, versión de «Azorín».
132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viú.
133. *Un caballero español* (extra.: 1 pta.), por L. Manzano y M. de Góngora.
134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.
135. *El caballero Lobo*, por Manuel Linares Rivas.
136. *La eterna invitada*, por J. I. Luca de Tena y M. de la Cuesta.
137. *Brandy, mucho brandy*, por «Azorín».
138. *El juramento de la Primorosa*, por Pilar Millán Astray.
139. *La muerte del dragón*, por Pedro Muñoz Seca.
140. *La boda de Quinita Flores*, por S. y J. Alvarez Quintero.
141. *Contrabandista valiente*, por Joaquín Dicenta (hijo).
142. *No tengo nada que hacer*, por Felipe Sassone.
143. *Los marineros*, por Enrique Suárez de Deza.
144. *Aire de fuera*, por Manuel Linares Rivas.
145. *Sinrazón*, por Ignacio Sánchez Mejías.
146. *La protegida*, por Manuel Fontdevila.
147. *Maitena*, por Etienne Decrept.
148. *Old Spain*, por «Azorín».
149. *El príncipe de Dinamarca* (versión libérrima de *Hamlet*), por Fernando de la Milla.
150. *La chica del Citroën*, por E. Suárez de Deza.
151. *Como Dios nos hizo*, por Manuel Linares Rivas.
152. *La vida sigue*, por Felipe Sassone.
153. *La tonta del bote*, por Pilar Millán Astray.
154. *Cabrita que tira al monte*, por S. y J. Alvarez Quintero.

155. *Los gorriones del Prado*, por Alfonso Vidal y Planas.
156. *La ilustre fregona*, por Diego San José.
157. *Comedia del arte*, por «Azorín».
158. *Frente a la vida*, por M. Linares Rivas.
159. *Los Cuatro Caminos*, por A. Custodio.
160. *Los salvajes*, por Alberto Ghiraldo.
161. *Los pastores*, por Gregorio Martínez Sierra.
162. *El chico de las Peñuelas*, por C. Arniches.
163. *Martierra*, por A. Hernández-Catá.
164. *El cuarto creciente* y *El señor Sócrates*, por M. Linares Rivas.
165. *Los que no perdonan*, por Eusebio Gorbea.
166. *El Clamor*, por P. Muñoz Seca y «Azorín».
167. *Don Luis Mejía*, por E. Marquina y Hernández-Catá.
168. *¡Sí, señor, se casa la niña!*, por Felipe Sassone.
169. *Te quiero, te adoro*, por E. Suárez de Deza.
170. *El rodeo*, por Luis Araquistain.
171. *Lo invisible*, por «Azorín».
172. *El nido ajeno*, por Jacinto Benavente.
173. *Cándida*, por G. Bernard Shaw.
174. *Tigre Juan*, por Julio de Hoyos.
175. *Gente conocida* y *El hombrecito* (extra.: 1 pta.), por Jacinto Benavente.
176. *Boy*, por Manuel Linares Rivas.
177. *«Parodi y Compañía»*, por Sabatino López.
178. *El fenómeno*, por José L. Mayral y J. Silva Aramburu.
179. *La pícara molinera*, por Asenjo y Torres del Alamo.
180. *Don Juan de Carillana*, por Jacinto Grau.
181. *La Meiga*, por F. Romero y G. F. Shaw.
182. *De la noche a la mañana*, por E. Ugarte Pagés y J. López Rubio.
183. *Pepita Jiménez*, por C. Rivas Cherif.
184. *El Conde de Valmoreda*, por M. Linares Rivas.
185. *El mal que nos hacen*, por Jacinto Benavente.
186. *Las hogueras de San Juan*, por J. I. Luca de Tena.
187. *La estrella de Don Benito*, por J. Téllez Moreno.
188. *La copla andaluza*, por A. Quintero y P. Guillén.
189. *La espuma del champagne*, por M. Linares Rivas.
190. *Las Verónicas*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
191. *Nobleza baturra*, por Joaquín Dicenta (hijo).
192. *En Flandes se ha puesto el sol*, por E. Marquina.
193. *Hidalgo, Hermanos y Compañía*, por Felipe Sassone.
194. *El mismo amor*, por Manuel Linares Rivas.
195. *El marido de la señorita*, por Drégely Gábor.
196. *Ternura*, por Henri Bataille.
197. *Más allá de la muerte*, por Jacinto Benavente.
198. *El hombre que vendió la vergüenza*, por J. R. de la Peña y A. Lapena.
199. *El alcázar de las perlas*, por Francisco Villaespesa.
200. *La ermita, la fuente y el río* (extra.: 1 pta.), por Eduardo Marquina.
201. *Cuando ellas quieren* y *Cada uno a lo suyo*, por Manuel Linares Rivas.
202. *El mundo es un pañuelo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
203. *El juicio de Mary Dugan*, por Bayard Veiller.
204. *Los cachorros*, por Jacinto Benavente.
205. *El caballero Varona*, por Jacinto Grau.
206. *El vaticinio o S. S. S.*, por Pedro Muñoz Seca.
207. *Bolívar*, por Francisco Villaespesa.
208. *Camino adelante*, por M. Linares Rivas.
209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluido o guardado*, por M. Linares Rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Las dos cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La Hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbea.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Mora.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores*, por José Feliú Codina.
259. *Lo positivo*, por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador*, por A. García Gutiérrez.

LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre »	12	Semestre »	24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA

Apartado 8.012

MADRID

Nueva edición de

ROCAMBOLE

Los 40 episodios completos

En 40 números semanales ∞

Tomos de más de 100 páginas

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

LEA USTED

LA NOVELA FAMOSA

Publicación quincenal

UNA PESETA